

## LA LUZ DEL SOL NO SABE LO QUE HACE

Caminaba yo una noche por las cercanías de la Plaza Independencia, abrumado por una decisión particularmente difícil que tenía que adoptar, de la que dependían aspectos muy preciados de mi vida en ese momento. Tan abrumado iba, que me salió a flote un fondo supersticioso que sin duda llevo conmigo, pero que sólo me aparece en momentos especialmente angustiosos. Entonces, ante la indecisión, le rogué no sé a quién allá en las alturas, que me enviara en ese mismo momento una señal de algún tipo que, si me llegaba, me indicaría que debía tomar el camino tal y no el camino cual.

Eran cerca de las tres de la mañana, la oscuridad era completa y yo miraba esperanzado el cielo, de un negror perfecto pues ni estrellas se veían. Y en ese preciso momento, como respondiendo a mi llamado angustioso, se encendió una luz en la ventana de un piso muy alto del Hotel Victoria Plaza. Aquel desplante luminoso se recortó con poderosa nitidez en medio de la absoluta oscuridad del fondo. Parecía talmente una plasmación de fuego geométrico que hubiera quedado colgada en el aire. Una señal, qué duda cabía.

Luego de agradecerle a Aquél (quienquiera que fuese) que había tomado por mí la decisión crítica al mandarme justo a tiempo la señal salvadora, seguí caminando con el ánimo aligerado. Pero casi enseguida me asaltó la pregunta: supersticiones aparte, ¿por qué, en el plano de la estricta realidad, se había prendido aquella luz en medio de la noche?

Las hipótesis podían ser varias. Pero a mí me dio por imaginar a una señora alojada en la habitación de ese hotel, que quizás pasara en Montevideo esa única noche, y que de pronto se despertó necesitada de tomar un vaso de agua. Prendió la luz (para ventura mía), se levantó para servirse el agua que tendría en una jarra cercana, quizás aprovechó para ir al baño, volvió a acostarse, apagó la luz y siguió durmiendo como si tal cosa. Ajena a todo, no pudo imaginarse ni por un momento que esa sucesión de actos triviales le había cambiado la vida a un atribulado transeúnte.

Una jugada ciega, una combinación casual, que se cargó sin embargo de significaciones y consecuencias impensadas. A mí

me parece muy impresionante esta especie de carambola entre un hecho cualquiera y las consecuencias que es capaz de generar. Porque quizás todos realicemos a diario cantidad de hechos que integran la trivialidad de nuestras rutinas, y que a lo mejor ejercen efectos decisivos sobre alguien (o alguien) que están cerca, sin que seamos para nada conscientes de lo que estamos desencadenando.

Pensar esto me sobrecoge un poco. Me hace sentir como sometido a fuerzas o influjos que no gobiernan, y que parecen hijos del azar o de la casualidad ciega. Porque si no hubiera habido una señora alojada en ese piso del hotel; si no hubiera tenido sed a las tres de la mañana; si no hubiese pasado yo por ahí en ese mismísimo momento, el rumbo de mis días pudo haber sido otro completamente distinto.

Y este no saber la hipotética señora lo que hacía, me trae a la memoria un verso de un poeta muy admirado y querible de nuestros días, que afirma algo que se le parece bastante: «La luz del sol no sabe lo que hace». Lo dijo el portugués Fernando Pessoa, o, mejor, uno de los varios poetas que se «albergaron» en él (lo que se llama heterónimos) y que él bautizó Alberto Caeiro.

Suponiendo que sea así, que el sol «no sepa» lo que hace, ¡cuánto hace sin embargo, aún sin saberlo; hasta qué punto decide de cada uno de los actos de nuestro vivir corriente! Pensemos, nomás, en eso tan escuchado, tan manido: que es tal la precariedad de nuestra existencia en el planeta, que bastaría con que el sol aumentara o disminuyera un solo grado su temperatura, para que la vida en la Tierra se alterara por completo...

Dicho de otro modo: según Pessoa-Caeiro, los efectos del sol son mecánicos, ceguera pura. El sol es como es y actúa como actúa, pero sin la menor intencionalidad. A los habitantes de la Tierra no nos beneficia porque se lo proponga así: nos beneficia porque el sol genera una combinación ciega de causas y efectos que se ajustan entre sí sin saber lo que hacen.

Los pueblos «primitivos» estarían en radical desacuerdo con esta visión del poeta portugués. Los «primitivos» (¿primitivos?) adoraron al sol como a un dios benéfico; pero

que era benéfico porque quería serlo, porque tenía una voluntad, una intención definida de beneficiarnos.

Al sol lo veían como personalizado, como alguien que operaba bajo la forma de un ser superior, capaz de impartir el bien a voluntad. Ese dios no era el centro de un universo mecánico, como lo vemos nosotros, hijos y nietos del positivismo más craso; era el centro de un universo intencional. Era visto como un padre que está amando a sus hijos, y que muy a sabiendas, y porque los ama, cuida de ellos y los promueve.

Tal vez el Dios único de las grandes religiones monoteístas heredó el sentimiento que despertara aquel primitivo culto solar: la idea de un Dios bueno, desvelado por sus criaturas. Un ser con propósito (sol antes, Dios después), que actúa sabiendo perfectamente lo que hace.

Ese verso de Pessoa-Caeiro, en su aparente inocencia, implica sin embargo toda una visión del universo: está afirmando que nos hallamos radicados en un universo que funciona como una máquina, pura combinación grandiosa de causas y efectos que se entrelazan como las piezas ciegas de un artefacto automático.

O sea que las simples nueve palabras de ese verso aislado deslindan dos campos inmensos, dos modos contrarios de enfrentarse a la realidad: ¿qué creemos? ¿que hay una razón, una voluntad, una intención, en la organización del universo? ¿O que el universo es pura maquinaria, rodajes sin vida, movimientos sin alma? O sea: ¿intención o automatismo? ¿querencia o efecto ciego?

Esta indagación por los alrededores de este verso tan rico, tan controversial, quizás nos aconseje, antes que nada, ubicarlo en su contexto debido. Ello supone encontrar el poema de Caeiro (Pessoa) donde ese verso está inserto. Conviene verlo, en la traducción del ensayista y poeta mexicano Octavio Paz:

*¿Lo que pienso del mundo?  
¿Sé yo lo que pienso del mundo?  
¿He meditado sobre Dios y el alma  
y sobre la creación del mundo?*

*Aquél que está al sol y cierra los ojos  
comienza a no saber lo que es el sol.  
Si abre los ojos y ve el sol  
no puede ya pensar en nada.  
Porque la luz del sol vale más que los pensamientos  
de todos los filósofos y de todos los poetas.  
La luz del sol no sabe lo que hace  
y por eso no yerra, y es común, y es buena.*

Pessoa-Caeiro cree que las cosas son buenas por sí mismas, por su solo existir, y que no hay para qué pensarlas, y que no tienen ninguna misión o tarea más que ser. Lo dice expresamente en otro pasaje:

*Esa es la única misión del mundo.  
Esa: existir claramente  
y saber hacerlo sin pensar en ello.*

Y más adelante:

*Alabado sea Dios porque no soy bueno  
y tengo el egoísmo natural de las flores  
y de los ríos que siguen su camino  
preocupados (sin saberlo)  
sólo en florecer y correr.*

Vale decir, un mundo donde las cosas se limitan a ser lo que son y a hacer lo que les es propio: la flor crecer, el río correr. Y el sol alumbrar. Ni la flor ni el río ni el sol saben lo que hacen. Y no es importante que lo sepan: es importante que sean.

Pero a mí me inquieta un poco esa especie de irresponsabilidad que Pessoa les atribuye a las cosas. Porque el río, cuando corre, puede dañar y hasta matar a las plantas que crecen en la orilla o a las criaturas que la habitan. Pienso que el ser que ignora, el ser impasible, sólo preocupado en ser él mismo, el ser que no sabe lo que hace, tanto puede fabricar el bien como puede fabricar el mal.

¿Vivimos, pues, en un universo irresponsable? ¿el bien y el mal son una lotería: nos toca a uno o a otro porque sí?

Creo que puede iluminarnos grandemente acerca del contenido de este hermoso verso, enterarnos de qué pensaba de Dios el

que lo inventó. Podría suponerse, a primera vista, que Pessoa-Caeiro no creían en Dios, porque lo dicen expresamente. Pero a lo mejor...

*No creo en Dios porque nunca lo he visto.  
Si él quisiera que yo creyese en él  
sin duda que vendría a hablar conmigo,  
empujaría la puerta y entraría  
diciéndome: «¡Aquí estoy!»*

No cree, pues; pero enseguida encontramos este bellísimo razonamiento poético (si es que la poesía puede ser razonante), de un lirismo que me parece conmovedor:

*Si Dios es las flores y los árboles,  
los montes, el sol y el claro de luna,  
entonces creo en él.  
Creo en él a todas horas,  
toda mi vida es oración y misa,  
una comunión con los ojos y los oídos.*

*Pero si Dios es los árboles y las flores,  
los montes, la luna, el sol,  
¿para qué lo llamo Dios?  
Lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol.*

*Si El se ha hecho, para que yo lo vea,  
sol y luna y flores y árboles y montes  
es porque quiere que yo lo conozca  
como árbol, monte, luna, sol y flor.  
Y yo lo obedezco:  
¿sé yo más de Dios que Dios de sí mismo?  
Lo obedezco viviendo de modo espontáneo,  
como uno que abre los ojos y ve,  
y lo llamo luna y sol y flores y árboles y*

*montes*

*y lo amo sin pensar en él  
y lo pienso con los ojos y los oídos  
y ando con El a todas horas.*

Es como un himno celebratorio este pasaje, como un emocionado cántico de este hombre que no cree en Dios, pero que lo encuentra en cada cosa, y allí lo recibe con la mayor sencillez. Se diría que Fernando Pessoa es un hombre entrañablemente religioso, con una forma muy viva, muy

sensible, de panteísmo.

Y lo que se empeña en decirnos es que a esa presencia superior hay que recibirla en las cosas con emocionada simplicidad, sin ponerle ningún nombre, sin pretender entenderlo, razonarlo, decirlo siquiera. Y sin atribuirle ninguna voluntad ni intención: basta con que sean: *«La luz del sol no sabe lo que hace, y por eso no yerra, y es común, y es buena»*.

Yo puedo coincidir profundamente con Pessoa en esta idea de que el sino de las cosas es ser lo que son, y hasta que puede estar demás ponerse a pensarles explicaciones, motivaciones. Y puedo coincidir en que ese ser de las cosas acaso sea como un disfraz de Dios, según nos mostraba el poeta; una morada de lo trascendente.

Pero lo que no puedo dejar de ver -y me perturba verlo, y hasta me asusta un poco- es que la combinación de las cosas y sus aconteceres, sus interrelaciones en el momento de ponerse a ser, puedan ocasionar en lo externo tanto el bien como el mal. Porque así se entra a jugar un ajedrez ciego e inmanejable.

A las tres de la mañana se enciende una luz en el 7o. piso de un hotel céntrico, porque una huésped se levanta a tomar un simple vaso de agua, y a mí, de carambola, me puede caer una ventura o una desdicha que acaso me cambien la vida. ¿Cómo pueden darse las dos alternativas al mismo tiempo?: ¿que haya una presencia superior en las cosas y a la vez un juego ciego e idiota en el modo cómo se relacionan?

Pienso que cada cual tendrá que resolver a solas consigo mismo esta disyuntiva. Afinar bien el oído, a ver qué es lo que escucha cada cual: ¿sentimos realmente que la luz del sol (o que Dios o como se lo llame) no sabe lo que hace? ¿o que de algún modo sí lo sabe? ¿Qué nos dice nuestro sentido interno de las cosas?

Conviene que aprendamos a ser humildes ante nuestras percepciones, y que nos resignemos a esa humildad. ¡Es tan dudoso, tan problemático todo lo que entendemos, o creemos entender! Las cosas pueden ser inteligentísimas o tontísimas en su acaecer, y nosotros no estamos en condiciones de discernirlo. A lo mejor el universo es, nomás, un ajedrez

imbécil, donde todo se combina porque sí. O acaso responda a una estrategia sapientísima, que se maneja a alturas inaccesibles para nuestro entendimiento.

Nadie puede demostrarme a mí, ni demostrarle a nadie, que todo es arbitrario, que todo es azar sin sentido; pero tampoco nadie puede demostrarle a nadie lo contrario: que todo es inteligencia secreta. Cada uno de nosotros tiene que arreglárselas como mejor pueda. Con su intuición, con su fe, con su sentimiento, con su razón, con lo que le venga a mano. O con su escepticismo, o con su descreimiento. Volvamos a Pessoa (que ahora habla por boca de otro «huésped» suyo, que se llamó Ricardo Reis):

*Basta para vivir  
ignorar que vivimos.  
Mejor vida es la vida  
que pasa sin medirse. (...)*

*No quiero la verdad,  
quiero la vida.  
Vida los dioses dan,  
no dan verdades,  
ni saben qué es verdad.*

Y vuelve a resonar la voz de Alberto Caeiro:

*El único sentido oculto de las cosas  
es no tener sentido oculto.  
Más raro que todas las rarezas  
es que las cosas sean realmente  
lo que parecen  
y que no haya nada que comprender.  
Las cosas no tienen significación:  
tan sólo existen.  
Las cosas son el único sentido oculto  
de las cosas.*

¿Será así? Qué sabemos. Pero esta noche, cuando nos levantemos a las tres de la mañana para tomar un vaso de agua y prendamos una luz, no dejemos de preguntarnos: «¿Hago esto por azar o está combinado de antemano para obrar sobre alguien a quien ni siquiera veo, ni sé quién es, ni qué le pasa cuando mira mi ventana, pero a quien quizás le estoy cambiando la vida por mirarla»...

